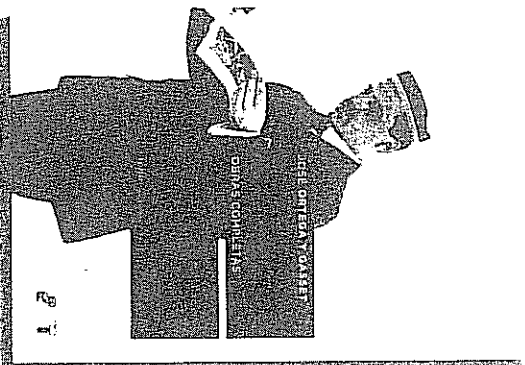
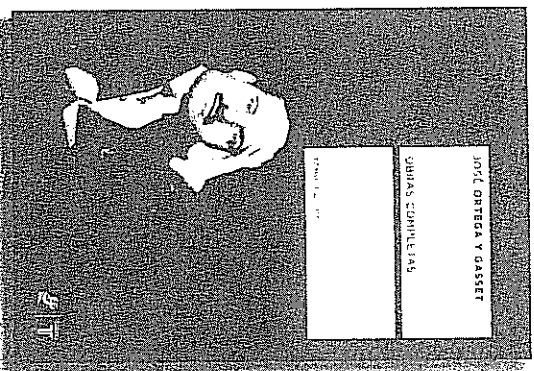


# OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

ENSAYO



Tomo I (1902-1915)



Tomo II (1916)

«Por fin, Ortega entero: magnífico trabajo, cuidadoso cotejo con otras ediciones, índices, apéndices y anexos, publicación separada de textos que el autor no dio a la imprenta. Todo, en fin, como debe hacerse.»

Santos Juliá, *El País*

«El lector de Ortega dispone ya del mapa completo del territorio creado por una obra memorable. Ya no hay excusas, ahora lo que habrá serán pasiones.»

Fernando R. Lafuente, *Abc*

Taurus  
50 años



EDICIÓN JOSÉ ORTEGA Y GASSET

## El hispanismo en los EEUU y el mito de la frontera

Eduardo Garrigues

Dicen que es difícil describir la forma de un elefante a quien no lo haya visto nunca antes, pero que es muy fácil reconocer al animal, una vez que lo tiene uno delante. Algo semejante ocurre, *mutatis mutandis*, cuando intentamos precisar qué entendemos por lo hispano y el hispanismo en los Estados Unidos: es fácil comprobar que se trata de un fenómeno importante, pero es muy difícil intentar encontrar unos rasgos comunes o una identidad concreta que nos permita definir con claridad estos conceptos.

En el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua los términos *hispanista*, *hispanismo* e *hispano* hacen referencia a las naciones de Hispanoamérica, cuando en este caso necesitamos definir esos conceptos fuera de su marco habitual. Lo que caracteriza al hispanismo en los Estados Unidos, como fenómeno cultural, como a la población hispana norteamericana, como fenómeno demográfico y social, es precisamente el haberse desarrollado más allá de la frontera tradicional del mundo hispánico, en un entorno mayoritariamente anglosajón.

Casi sin quererlo, nos hemos topado ya con el término *frontera*, que ha tenido y tiene tantas derivaciones en Norteamérica, hasta el punto de que algunos historiadores y sociólogos yanquis han buscado la esencia misma y la raíz del carácter americano —yo prefiero usar el término estadounidense— en el fenómeno de la frontera. Si es cierto lo que anotó Víctor Hugo al margen de uno de sus poemas, «lo que más se parece a nosotros son vuestras quimeras» («*Ce qui nous ressemble le plus sont nos chimères*»), quizás podamos partir de la quimera de la frontera para ayudarnos a precisar el fenómeno de lo hispano en los Estados Unidos. Como ese monstruo que podemos encontrar medio sumergido en un río africano, parcialmente cubierto de lodo, como un gigantesco árbol o una roca, y que sólo podemos reconocer como elefante cuando emerge del barro, sacude de su lomo las algas y lianas y levanta los colmillos y la trompa fuera del agua.

Obviamente la llamada del más allá, el sentido iniciático de la frontera, sirvió de acicate tanto a los primeros exploradores españoles que ascendieron por la cuenca del Río Grande en busca de las quiméricas Siete Ciudades de Cibola, a mediados del siglo XVI, como a los pioneros yanquis del XIX que cruzaron el Mississippi en su riada incontentible hacia el lejano Oeste, y sigue presente entre los inmigrantes de origen hispano que cruzan de forma quizás más anónima y menos gloriosa las mismas fronteras y los mismos ríos de lo que hoy en día son los Estados Unidos. Hasta el punto de que el término popular en inglés para el inmigrante ilegal procedente del sur del Río Grande es *wet-back* (espalda mojada), término que alude a que llegan a su destino con las espaldas aún mojadas por la travesía del río fronterizo, aunque seguramente los que intentan evitar a la Patrulla de Fronteras no son conscientes del simbolismo de iniciación de dicha travesía.

El primero que eleva el concepto de frontera a característica esencial y medollo del mundo estadounidense es el historiador Frederick Jackson Turner, que en su famosa conferencia pronunciada ante la Asociación Histórica Americana en 1885, durante la Exposición Universal de Chicago, declaró que el proceso de la frontera americana había quedado cerrado. En esa conferencia, germinó de toda una escuela de pensamiento, Jackson manifestaba que la existencia de la frontera explicaba gran parte de las diferencias sociológicas y políticas entre Europa y el Nuevo Mundo: «La existencia de una superficie de tierras libres y abiertas a la conquista, de su retroceso continuo y el avance de los colonos hacia el Oeste explican el desarrollo de la nación norteamericana.» Y añade: «El rasgo característico de las influencias norteamericanas consiste en el hecho de que éstas han sido obligadas a adaptarse a los cambios de un pueblo en expansión». Turner afirma en su discurso que fueron las condiciones de vida en la frontera lo que contribuyó a plasmar características especiales intelectuales en la sociedad norteamericana, como la inventiva, el pragmatismo, el optimismo o individualismo, que a su vez generaron unos comportamientos económicos y sociales y una reafirmación de los valores democráticos.

Aunque en el momento en que fue presentado, en torno a la fecha simbólica del Cuarto Aniversario de Descubrimiento de América, el concepto turneriano penetró el mundo académico hasta sus cimientos, no tardaría en ser criticado por haber hecho un análisis demasiado ambiguo y general del concepto de frontera, en donde era difícil distinguir cuándo representaba un lugar, cuándo un proceso y hasta una condición. Una de las carencias que se le achacaba, tanto a Turner como a sus numerosos discípulos, era que su «escuela de la frontera» ignoraba las minorías raciales y étnicas ya

existentes en el Oeste, las poblaciones hispánicas y el que no se mencionase para nada la existencia de una frontera hispánica anterior, que a veces había servido de puente y otras de barrera a la expansión yanqui hacia la tierra prometida.

Patricia Nelson Limerick, profesora de la Universidad de Boulder (Colorado) autora del trabajo de reevaluación *El legado de la Conquista*, es también autora de un sugestivo artículo en el *Journal of American History*: «Desorientación y reorientación: el paisaje americano descubierto desde el Oeste», en donde discute la tradicional perspectiva estadounidense donde la frontera de la civilización se mueve sólo en sentido este-oeste, siguiendo el movimiento de la migración física y mental de los hombres blancos de lengua inglesa, y donde, según Limerick, lo que los exploradores encontraban era un «despoblado, en forma de un paisaje natural idílico donde los indios aparecían más como símbolos que como seres humanos de tres dimensiones». Limerick reacciona ante los estereotipos del hombre de la montaña y el *cow-boy* difundidos por la poderosa industria del cine (Limerick lo llama *cinematization*) y perpetuados por una buena dosis de escapismo de masas. Y reclama que esa visión unidimensional y unidireccional este-oeste sea completada y sustituida por la perspectiva de un proceso de exploración donde se reconozca la presencia anterior del indio en ese espacio fronterizo mitificado, y la existencia de otras corrientes de exploración e inmigración igualmente importantes: de sur a norte desde México, del norte al sur desde Canadá y del oeste al este desde la cuenca del Pacífico.

Tanto Limerick como otros autores contemporáneos han contribuido a desmontar esa visión turneriana de un Oeste como tierra de promisión donde avanza una sociedad civilizada, con imaginación empresarial y un credo político igualitario. Esos nuevos historiadores no discuten que algunas de las raíces del carácter americano puedan derivar del espíritu de la frontera, pero no ignoran las

secuelas de rapiña, los desastres ecológicos, el sufrimiento individual y las disparidades económicas entre pobres y ricos que comportó esa fabulosa aventura. El historiador de la Universidad de Kansas Donald Worster, autor de *River del Imperio* (nótese las referencias a los ríos como fronteras naturales), denuncia la población de las Grandes Llanuras como «una de los mayores catástrofes naturales que aún nos resistimos a admitir, considerando nuestro orgullo de expertos agricultores». Es cierto que la habilidad para el cultivo era uno de los rasgos que Turner incluía entre las virtudes de los pioneros de la frontera. Otros autores señalan también la hecatombe del bisonte americano como un desastre ecológico sin precedentes, puesto que, en sólo treinta años, unos sesenta millones de esos cuadrúpedos fueron aniquilados y sustituidos por ganado. lo que perturbó el sistema ecológico y pronto contribuiría a esquilmar los pastos de las grandes praderas.

Tampoco el mito del pequeño granjero autosuficiente que había propugnado el propio Thomas Jefferson sobreviviría a la dureza realidad de la frontera. El sueño americano, que pudo ser viable en las ricas tierras de Nueva Inglaterra y Virginia, se estornó como espejismo en los vastos secarrales del Sudoeste, donde un rancharo podía necesitar hasta 2.500 acres de tierra para alimentar su ganado y luchar contra la sequía, las plagas y las ramblas salinas. Para la última década de 1800 —los mismos años en que Turner pregona su sermón sobre el espíritu de la frontera—, siete octavos de las tierras de labor al oeste del río Mississippi habían caído ya en manos de grandes consorcios y latifundistas. Y el famoso icono del *cow-boy* orgulloso y solitario se había convertido en un trabajador a sueldo casi tan explotado y descapitalizado como después lo fueron los peones temporeros mexicanos en California.

En este último estado, una vez que hubo pasado al dominio de los Estados Unidos tras la guerra con México de 1846, se produjo una esquilmanación sistematizada de los bosques y los viveros de se-

cuotas, y los agricultores provocaron la casi total desecación del lago Tulare, que anteriormente cubría la totalidad del famoso valle de San Joaquín. Y aunque el Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848 garantizaba a los ciudadanos hispanos el derecho a conservar sus tierras, un 80 por 100 de sus propiedades pronto pasarían a manos de los abogados o los nuevos colonos anglo-americanos. Como culminación de esta política de deshaucio, en 1850 la ley conocida como «Foreign Miners Tax» expulsaría a los hispanos de sus minas.

### *La frontera española: el mito de Cibola*

Aunque Frederick Jackson Turner no tomase en consideración para elaborar su teoría de la frontera la historia de la exploración y colonización española del Oeste, un buen número de historiadores estadounidenses posteriores, y que en parte se consideraban sus discípulos, estudiaron a fondo y escribieron la historia de la frontera hispana, creando la escuela de lo que se llamó *the Spanish borderland*, que podría traducirse en español como «las tierras fronterizas españolas», referidas exclusivamente a la zona de los antiguos dominios españoles que lindaban con los Estados Unidos. El creador y máximo exponente de esta escuela de las *Spanish borderland* fue el historiador Herbert Eugene Bolton, que había estudiado con Turner en la Universidad de Wisconsin apenas dos años después de que éste desarrollase su famosa tesis de la frontera, aunque, como veremos después, sus planteamientos no le llevaron a conclusiones idénticas a lo que hizo definir a su maestro como «espíritu de la frontera».

Antes de ocuparnos de Bolton quizás sería bueno mencionar cuáles fueron los acontecimientos históricos y el área geográfica de que se ocuparían los estudiosos de lo que hemos acordado en llamar las tierras fronterizas españolas. Como ocurría con frecuencia

en esa época, la exploración y posterior colonización de esa zona fue consecuencia del seguimiento de una quimera, en este caso la leyenda de las Siete Ciudades de Cibola. Este mito tiene un origen anterior al primer viaje de Descubrimiento —existe una referencia a Cibola en una carta del cosmógrafo florentino Toscanelli a Cristóbal Colón—, y según la tradición, esas ciudades podían haber estado localizadas en alguna isla de las Antillas. Los sobrevivientes de la malograda expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida, que naufragaron ante las costas de lo que hoy día es el estado de Texas, recorrieron a pie la distancia que separa el Golfo de México del seno de California, unos 1.800 kilómetros. Capitaneados por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, atravesaron parte de Texas, Nuevo México, Chihuahua, Sonora, Sierra Madre y Sinaloa y finalmente aparecieron en Culiacán en 1536, dando noticia a la administración virreinal de la posible existencia, hacia el norte, de las fabulosas Siete Ciudades, de las que habrían oído hablar a los indios con los que convivieron durante su largo periplo.

Difícilmente podemos imaginar un relato más fascinante que el de las andanzas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, esa especie de *wet-shak avant la lettre* que, sin guía, brújula ni bastimentos, cruzó varias veces el cauce del Río Grande —una de ellas en las proximidades del actual sitio de El Paso, que tiene tan profundas resonancias en la problemática actual de la frontera. En el curso de su dilatado peregrinaje desarrolló un espíritu de inventiva, un tesón inquebrantable y un sentido de adaptación a un medio hostil que sin duda hubiera merecido la aprobación de F. J. Turner, de haber conocido sus *Naufragios y comentarios*, publicados en Francia por H. Ternaux Compans en 1837 y en Estados Unidos por T. Buckingham Smith en 1851.

En cualquier caso, sin tener constancia de la existencia de aquellas fabulosas ciudades más que por los vagos comentarios de Alvar Núñez y sus compañeros de naufragio, don Antonio de Men-

doza, a la sazón virrey de Nueva España, decidió mandar en busca de aquella quimera al adelantado Francisco Vázquez de Coronado, en 1540. Sin duda en el ánimo del virrey jugaba poderosamente la intención de adelantarse a Hernan Cortés, marqués del Valle, que, incitado por otro mito, el de la isla de California, preparaba nuevas expediciones marítimas por el Mar Bermejo o Mar de Cortés. En el caso de la quimera de Hernan Cortés, su origen literario era bien conocido, ya que el entonces famoso libro de caballerías *Las veigas de Esplandián* hablaba de una isla llamada California, poblada de negras Amazonas de «valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones», armadas todas de oro ya que «en toda la isla no había otro metal alguno.»

Aunque el mito de California le costó al marqués del Valle más de doscientos mil ducados de oro y la pérdida de barcos y tripulaciones, resulta más patético el desengaño de Vázquez Coronado, que había abandonado la privanza del virrey Mendoza, la capitana general de Nueva Galicia y los ciudadanos de su noble y acaudalada Dulcinea, doña Beatriz de Estrada, para aventurarse en los ásperos despoblados, esperando encontrar las casas cubiertas de oro y pedería que figuraban en la leyenda de Cibola.

Tras cruzar los desiertos y sierras de Sinaloa y Sonora y divisar el primer poblado de indios zuniés —cerca de la frontera entre los actuales estados norteamericanos de Arizona y Nuevo México— encontrando tan sólo unas miserables viviendas de piedra y adobe, se siente en la obligación de escribir al virrey contándole la dura realidad: «Para hablar sin rodeos, puedo asegurar a Vuestra Excelencia que no hay un punto de verdad en lo que nos han contado... sino que todo es exactamente lo contrario...». Aun así, encandilado por nuevos embustes, Vázquez Coronado continúa su expedición hacia el norte, cruzando el Río Grande y adelantándose en el piélagó de las grandes praderas hasta que, tras años de búsqueda infructuosa, quebrantado física y moralmente, tiene que volverse a

México y someterse a un juicio de residencia por el fracaso de su empresa.

Unos años más tarde, don Juan de Oñate emprende otra entrada hacia el norte, con el deseo de descubrir un «nuevo México», aunque esta expedición está ya orientada con criterios más prácticos, de colonización y población. Lo que no le impide a Oñate, una vez creada la nueva colonia y fundada la capital del territorio cerca de la actual Santa Fe, emprender también una expedición por el rumbo de poniente, atraído por la leyenda de los Estrechos de Aníán y por los rumores de ricas minas y pesquerías de perlas en California. Aunque también esta expedición volvió con las manos vacías, Oñate recorrió parte de los vastos territorios que habían explorado ya los hombres de Coronado, y grabó la inscripción que aún puede leerse en la roca de El Morro: «Pasó por aquí el Adelantado Don Juan de Oñate del descubrimiento de la Mar del sur a 16 de abril año 1605». Quizás al instruido lector no le resulte ajena la proximidad de esa fecha con la de la publicación de la primera edición de *El Quijote*, que también coincide con la publicación en España de la *Relación de la Jornada de Cibola*, donde el cronista Pedro Castañeda de Nájera cuenta las andanzas de ese otro Alonso Quijano que fue don Francisco Vázquez de Coronado. La propia entrada de Oñate despierta las musas de don Gaspar Pérez de Villagrá, que en su *Historia de la Nueva México* describe en versos épicos la gesta de Oñate, en un estilo no lejano al de *La Araucana* de Ercilla, aunque con menor valor literario.

A pesar de lo quijotesco de aquellas primeras expediciones —notese que en el idioma inglés, a diferencia del español, el término «*quijote*» sólo tiene connotaciones negativas—, aquellas primeras entradas habían trazado el mapa de lo que es el sudoeste americano y el territorio de lo que más tarde se llamaría *Spanish borderland* en la escuela histórica fundada por Herbert F. Bolton. Este mismo autor, en el prólogo de su obra *Comanche, señar de pueblos y llana*, se-

ñala que, a pesar del aparente fracaso de la expedición, los españoles que la componían fueron los primeros en descubrir a los zúñis, los hopis y otros indios pueblos, los primeros que se asomaron al Gran Cañón del Colorado, que vadearon el río Gila, el Pecos, el Cimarrón y el Arkansas, internándose en la gran llanura de Kansas y Oklahoma, y los primeros que contemplaron los grandes rebaños de bisontes, mal llamados búfalos por los norteamericanos y que ellos, los hombres de Coronado, llamaron «cíbolos», en recuerdo de las mal halladas Siete Ciudades de Cibola.

Aunque la publicación de sus libros supone la superación de la visión unívoca de la frontera anglosajona, en su estudio *The Spanish Borderland*, publicado en 1921, Herbert E. Bolton no supone que la frontera hubiese conformado la vida y el carácter de los exploradores y colonos hispanos hasta el punto de haber influenciado sus instituciones, a diferencia de lo preconizado por Turner. Con ese enfoque, basado en que el absolutismo del gobierno de los Austrias ahogó toda iniciativa, Bolton estaba rechazando la premisa determinante de una mayor libertad individual y de la exigencia de autogobierno. Según el historiador David J. Weber, profesor de Historia en la Universidad Metodista del Sur y autor del ya clásico *The Spanish Frontier in North America* (Yale, 1992), esas conclusiones, quizás excesivamente radicales, se debían a que Bolton estaba «más interesado en el impacto de los españoles en la frontera que en la influencia de la frontera en los españoles» (D. J. Weber, «Turner, los boltonianos y las tierras de frontera», *American Historical Review* 91, 1986 y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1991).

Otro historiador estadounidense de la misma escuela, John Francis Bannon, que en 1970 publicaba una serie de estudios sobre la frontera hispana en los Estados Unidos con el mismo título que Bolton, *The Spanish Borderland*, tampoco acepta la tesis de que

la experiencia de la frontera hubiera servido para desarrollar un sentido más individualista ni instituciones más democráticas en el mundo de la frontera hispánica. De estas diferentes interpretaciones nacen, sin embargo, interesantes estudios comparativos entre ambos enfoques del término «frontera», y una de las conclusiones a que llegaban estos estudios era que, a diferencia de los colonizadores anglosajones, los españoles en América intentaron asimilar a los indígenas más que apartarlos o aniquilarlos, como en general hicieron los ingleses. Como destaca David J. Weber en el artículo antes citado, los españoles encontraron culturas que podían fácilmente asimilarse a las suyas. Y Weber cita en este contexto al geógrafo Marvin Mikesel cuando dice que la frontera de la América española era una «frontera de inclusión, a diferencia de la América inglesa, que era una «frontera de exclusión».

El escritor de novelas sobre el Sudoeste americano y periodista Tony Hillerman describía la entrada de don Juan de Oñate a Nuevo México, cuando su expedición asciende por la cuenca del Río Grande, en una larga y pintoresca caravana compuesta ya no sólo por soldados y frailes, sino por familias de pobladores con sus caballerías, cerdos y ovejas: «Al observar esa larga caravana en la perspectiva de la historia —dice Hillerman—, uno puede entender mejor por qué las culturas indias que se encontraban en su camino sobrevivieron, mientras que aquellas del Este de los Estados Unidos no pudieron sobrevivir. Los ingleses trajeron con ellos el concepto de superioridad racial y la metafísica del puritanismo, el calvinismo y la idea de la «salvación de los elegidos y la condena de los otros». Entre los ingleses y los holandeses no existieron muchos escrupulos, ni perdieron tiempo en dudas y debates sobre los indios [recordemos a Bartolomé de las Casas y Gines de Sepúlveda, N. 24/A]. Si no se les ponían por delante, les dejaban tranquilos. Si el hombre blanco quería su tierra, eran expulsados de ellas o exterminados sin ninguna malicia especial ni crueldad intencional».

da». Y añade Hillerman: «...los colonizadores ingleses avanzaron lentamente y no dejaron ni una sola cultura india detrás. Les hubiera sido muy difícil comprender el sentido de la expedición de Oñate». Como añadido a esta cita podíamos señalar que, al cruzar el Río Grande por El Paso, esos colonos oficiaron el primer acto de acción de gracias en lo que hoy son los Estados Unidos, una decena de años antes de que los peregrinos ingleses llegasen a Plymouth y celebrasen la fiesta de acción de gracias que aún se conmemora como *Thanksgiving Day*.

La falta de entendimiento de los nuevos colonizadores del Oeste americano con la población nativa —ya fuese éste indio o hispano— se basaba en una actitud de prejuicio racial y de sentimiento de superioridad que se encuentra documentada en los propios escritos de los pioneros anglosajones (soldados, comerciantes o cazadores) que recorrieron esa zona. Desde el navegante Richard Dana, que en 1840 publicaba su clásico *Dur años junto al náutli*, («¿Qué gran país sería éste —se lamentaba Dana refiriéndose a California—, si estuviese en manos de una gente emprendedora!»), pasando por el historiador Francis Parkman (que recorrió las Montañas Rocosas y las grandes praderas en 1846 y que describió a los hispanos como «*laucha-louking, stupid, equalit, miserable and mean*»), hasta el viajante y cazador de Nueva Inglaterra Rufus B. Sage, que hablaba de los «pobladores degenerados de Nuevo México».

Otros ejemplos de intolerancia anticitatía y de xenofobia se encuentran en el libro de Josiah Gregg, pionero en la ruta comercial de los estados del Este hacia Santa Fe, que en 1884 publicó su libro *El comercio en las praderas* con el nuevo y entonces único mapa fiable de esa ruta: «Los nuevomexicanos parecen haber heredado gran parte de la crueldad de sus ancestros y una porción no escasa de su intolerancia y fanatismo... No tienen otro denominador común que la falsedad ni otra profundidad que la intriga, cualidades por las que se han hecho tristemente famosos».

Para comprender este odio hacia lo hispano y sus descendientes, es necesario reconocer que durante el periodo de formación de la gran nación norteamericana, España había constituido el lindero y barrera a su impulso expansivo hacia el sur y el oeste. Primero fueron Florida y la Luisiana, después el amplio territorio del Suroeste —desde Texas al Pacífico— en unos dominios extensos y mal guardados que provocaron el intento de afianzamiento por parte de Carlos III y sus ministros. Después, cuando la independencia de las colonias americanas había despejado aquellos dominios del gobierno español, la joven nación norteamericana apoya primero el independentismo de Texas y poco después declara la guerra a México, arrebatando en un paseo militar las tierras que con tanto esfuerzo habían asegurado para la Corona española Oñate, Vargas, De Anza y los ministros ilustrados de la última etapa colonial borbónica.

Tras el tratado leonino de Guadalupe-Idalgo, las tierras de frontera hispánicas son redondeadas por la compra de más territorio conocido como el «*Carñalen Purchase*» en 1852 y los yanquis se encuentran con unos dominios que suponen dos tercios de su territorio continental, que en su día habían pertenecido —más nominal que efectivamente en ciertos casos— a España. Y aunque en 1893 Turner había declarado en su famoso discurso que con la llegada de los pioneros al Pacífico la frontera había quedado cerrada, tan sólo un lustro más tarde, la joven y pujante nación da el último zarpaço al viejo imperio, apoderándose de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. España ya no era un rival, pero las huellas de su pasada influencia, de su lengua y su cultura eran aún demasiado evidentes.

Es cierto que a principios del siglo XIX escritores románticos como Washington Irving o Henry Wadsworth Longfellow se olvidaron momentáneamente de los prejuicios antiespañoles que habían difundido autores como William Robertson (*Historia de América*, 1777) y Jedidiah Morse (*Geografía universal americana*, 1793). Pero su pasión por lo hispano se encuentra teñida de un romanticismo

empalagoso y, en el caso de W. Irving, de un orientalismo subyacente que le hace a uno dudar si cuando escribe sobre la Alhambra el autor la sitúa en Granada o en Marrakech. Podría resultar algo frívolo decir que, lo mismo que con los «curiosos imperitentes» británicos del siglo XVIII, a veces tenemos la impresión de que algunos hispanistas yanquis venían a la península ibérica cuando el presupuesto no les daba suficiente para hacer el *Grand Tour* por Italia o dar el salto hacia Oriente.

Algo parecido puede decirse del prolífico historiador William Hicking Prescott (1796-1857), que cuando se decide a escribir sobre el reinado de Fernando e Isabel y la conquista española de América, antes ha puesto en la balanza los pros y los contras de estudiar la historia de Italia, tras haber tenido que abandonar el aprendizaje del alemán a causa del accidente que lo ha dejado prácticamente ciego. Aunque en el caso de Prescott, cualesquiera fueran sus dudas iniciales, debemos respetar el tesón y el entusiasmo de una vida dedicada a empaparse de la historia de España y su Imperio; pero, como explica en un artículo revelador el profesor Richard L. Kagan, en toda la obra de Prescott está presente la obsesión de comparar la trayectoria ascendente de los Estados Unidos y el declinar de España, lo que Kagan llama «el paradigma de Prescott», consistente en narrar la historia de España como antite futuro –republicana, emprendedora, racional–; mientras que España –monárquica, indolente, fanática– representaba el pasado.» (R. L. Kagan, «Prescott's Paradigm: American Scholarship and the Decline of Spain», *The American Historical Review*, 1996.)

Desgraciadamente, algunos de estos prejuicios históricos y estereotipos no son fáciles de olvidar, como pude constatar cuando en 1992 estuve destinado en Los Angeles como cónsul general y participé en diversos actos conmemorativos del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, efemérides que no dejó de desatar

críticas y protestas de los que, en Estados Unidos, pensaban que no había nada que celebrar. Como tuve ocasión de destacar en un artículo que publiqué en *Los Angeles Times*, resultaba un tanto incoherente que la misma nación que en 1893 había elevado un tremendo mausoleo a Colón con ocasión de la Exposición Universal de Chicago –el mismo marco, por cierto, que la histórica disertación de Turner–, cuando el navegante era todavía un oscuro personaje cuya gesta parecía encajar en el famoso espíritu de frontera, decidiera apertro sumariamente de su pedestal cien años más tarde al caer en la cuenta de que Cristóbal Colón era abanderado del «neofascismo» Imperio Español («Perspective on Columbus: the Pathology of Hero Making», *L. A. Times*, 12 octubre de 1992).

### *La frontera chicana: el mito de Aztlán*

Pero intentemos finalmente dar forma al elefante. Como anunciaba al principio, quien pretenda delimitar la frontera interior de lo hispano en EE.UU. se encontrará con que no existe una línea de demarcación que remotamente sirva para situar un paisaje humano o geográfico que ofrezca un perfil homogéneo que nos sirva de punto de referencia. El fenómeno de lo hispano en Norteamérica tiene connotaciones étnicas, lingüísticas, sociales, culturales y políticas tan diversas y a veces contradictorias que ninguna puede servir para delinear el perfil de un monstruo de proporciones grandes e imprecisas. Como comentaba el sociólogo estadounidense Mark Falcoff en el artículo «North of the Border», publicado en el *Times Literary Supplement* (17 mayo 1996), el término «Hispanic» no describe necesariamente a alguien nacido en un país de lengua española, ni a alguien que hable el español bien o mal, ni siquiera a alguien con un apellido hispánico, sino sencillamente a alguien que se identifica con esa denominación.»

Si acudimos en busca de objetividad al Censo Oficial U.S.A., nos toparemos con las imprecisiones derivadas tanto de la importancia de una población hispana flotante, en situación irregular, como de la dinámica interna de un grupo humano con una tasa de crecimiento vegetativo muy superior al de las otras minorías, a lo que hay que añadir una fuerte presión migratoria de personas provenientes de México, América Central, el Caribe y América del Sur. Sobre una población hispana que ya supera los 35 millones, podemos distribuir ese total en porcentajes por su procedencia: México, 63,3 por 100; América Central y Suramérica, 14,8 por 100; Puerto Rico, 10,5 por 100; Cuba 4,5. Otros países, 6,9 por 100.

Si contemplamos la estructura demográfica de la sociedad estadounidense en su conjunto, nos encontramos con que ésta ha sufrido últimamente cambios espectaculares, caracterizados por una disminución de la representación de los blancos; el estancamiento, en términos relativos, de la minoría negra; el crecimiento, también en términos relativos, de los ciudadanos de origen asiático; y el fuerte crecimiento de la minoría hispana, tanto en términos relativos (en torno al 60 por 100 en diez años) como en términos absolutos (de 22 a 35 millones entre el censo de 1990 y el del 2000).

Comparando las minorías según las cifras de este último censo, veremos que los ciudadanos de origen asiático constituyen el 3,6 por 100, mientras que los hispanos llegan al 12,5 por 100 y superan por primera vez a la minoría negra, que son un 12 por 100. A pesar de las disparidades del grupo hispano en cuanto a razas, nivel de identidad cultural, nivel de ingresos, de educación, y hasta de nivel de utilización de los que parece el elemento aglutinador esencial, la lengua, el que se haya situado como minoría mayoritaria hace que este conjunto heterogéneo sea potencialmente un «grupo de interés», que necesita ser tomado en consideración al valorar los estados de opinión, las tendencias de mercado y la capacidad de influir en las urnas. Si a eso se añade el hecho de que la

población hispana residente en EEUU se ubica en los estados con mayor peso político y económico de la nación, y dentro de las grandes ciudades, podemos comprender la trascendencia política del «voto hispano», que ha sido determinante en las dos últimas elecciones presidenciales.

A continuación se incluyen datos obtenidos del Censo de 2000 en los que se destacan los cinco estados con mayor porcentaje relativo de hispanos y los votos correspondientes a cada estado:

Estado	POBLACIÓN		VOTOS ELECTORALES
	Total	Hispana	
California	33.871.648	10.966.556	54
Texas	20.851.820	6.669.666	32
Nueva York	18.976.457	2.867.585	33
Florida	15.982.378	2.682.715	25
Illinois	12.419.293	1.530.262	22

Desgraciadamente, este potencial de influencia política no se compensa con las cifras de desempleo, nivel de pobreza, participación en la enseñanza e índice de cobertura del seguro médico:

- Más del 10,6 por 100 de hispanos están en paro, frente al 7,8 por 100 de otros ciudadanos.
- El 25,6 por 100 de hispanos vive por debajo del índice de pobreza, frente a un 8,2 por 100 de otros ciudadanos.
- Tan sólo el 56,10 por 100 de los hispanos de 25 años en adelante llega a la enseñanza preuniversitaria, frente al 87,7 por 100 de otros ciudadanos. El porcentaje es incluso inferior a nivel universitario
- La tasa de cobertura del seguro médico es de sólo el 54 por 100 de los hispanos, frente al 75 por 100 de otros ciudadanos.

Las cifras arriba indicadas son orientativas, y según toda la información disponible, estos indicadores han reflejado mejoras en los últimos años y puede pensarse que la población hispana va sufriendo poco a poco la pirámide del bienestar de que goza el ciudadano medio en su país de adopción. Pero, aun así, es importante hacer constar que los ciudadanos estadounidenses de habla hispana constriñen por el momento una de las minorías más desfavorecidas. A pesar de la aparente pujanza de los medios de comunicación en lengua española, existen indicadores preocupantes, como son la pérdida del uso de la lengua en el medio laboral, según van las nuevas generaciones teniendo un mayor acceso al dominio del inglés, con lo que paulatinamente va reduciéndose cada vez más el español al medio familiar; lo cual es también en parte consecuencia de la imposición del idioma dominante en corrientes como la denominada «*English Only*», y las proposiciones aprobadas en diversos estados que tienden a la uniformización de la lengua, como medida de salvaguarda de la identidad estadounidense. Para que el conjunto hispano pudiese convertirse de grupo de interés en grupo de presión sería necesario un mayor sentido de identidad cultural y una mayor conciencia de la fuerza que le da el español como segunda lengua, como elemento de cohesión, aunque intenten dominar el inglés.

La búsqueda de una identidad cultural para los inmigrantes de países de habla hispana que han cruzado la frontera de los Estados Unidos ha suscitado la creación de un lugar mítico llamado *Aztlan*. Aztlán se convierte, para esa comunidad que, a pesar de la explosión demográfica, aún debe luchar en un entorno competitivo y muchas veces hostil, en el símbolo colectivo de la recuperación de un lugar de origen que se sitúa vagamente en el Sudeste, en un territorio que precisamente fue parte del hábitat indígena y que sucesivamente estuvo bajo el dominio primero de España, de la República Mexicana durante un corto periodo y finalmente del gobierno de los EEUU. No es una mera coincidencia el que, dado

que la mayoría de inmigrantes son de origen mexicano, se haga coincidir la mítica patria de Aztlán con el territorio de donde supestandamente procederían los mexicanos, territorio que los mexicanos sentimentales reclaman, ya sea del conquistador español o del anglosajón.

En ese contexto, resulta oportuno reseñar un dato significativo sobre las diferentes nomenclaturas de la población hispana del Sudeste, y más concretamente de Nuevo México, estado en el que se ha producido un solapamiento entre la población hispana tradicional, descendiente de los primeros colonizadores españoles y que en gran parte conserva la lengua y tradiciones culturales originales, con una población de inmigración reciente, más numerosa, mayoritariamente de origen mexicano. Como nos explica el profesor Philip González, de la Universidad de Nuevo México, esa crisis de identidad ha provocado que, en menos de un siglo, la población hispana de ese territorio se haya autodenominado de cinco formas diferentes, siempre como reacción a prejuicios raciales o políticos de la población anglosajona dominante. De 1900-1953 se denominaron «*Spanish-American*»; desde 1935 a 1960, coincidiendo con la política del *New Deal*, desapareció toda nomenclatura cultural diferenciadora; de 1964-1978 —coincidiendo con los problemas laborales en California y los problemas de expropiación de antiguas mercedes reales en Nuevo México— se impuso la denominación de «chicano», para acudir en los 80 a la denominación más aséptica de «hispanicos», que evitaba la identificación del grupo con grupos políticos radicales; por último, sin fijar una época concreta, González menciona la denominación «latinos», que es aún la preferida en ciertas zonas del planeta hispano como Los Angeles, pero que tendría poco sentido emplear en lugares de profunda raíz angloespañola, como es el propio Nuevo México («*The Political Construction of Latino Nomenclatures in Twentieth Century New Mexico*», *Journal of the Southwest*).

Aunque se haya convertido para los «chicanos» en piedra de toque y cuña de resistencia de la injerencia extranjera en la patria de sus antepasados, el mito de Aztlán fue en su día recogido y transmitido por el fraile español Diego Durán, en su *Historia de los Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, cuando relata cómo el emperador Moctezuma I, queriendo conocer de dónde venían sus ancestros, llamó a Cuauhcoatl, el cronista real, el cual le contó a su soberano: «Chicomóztoc se llama la roca, pues en siete partes hay agujeros, cuevas pegadas al cerro empujado, de donde vinieron a salir los mexicanos... en la población de Aztlán, Aztatlán, lugar de las garzas, por eso se llama Aztlán».

Dado que he intentado ordenar este artículo en torno a las quimeras de frontera, no puedo resistir la tentación de señalar al final del mismo el curioso paralelismo entre el mito sobre la procedencia del pueblo azteca, que creía provenir de siete cavernas donde vivían los siete representantes de la tribu, y el mito de las Siete Ciudades de Cibola, fundadas por siete obispos que habrían huido de España durante la invasión musulmana. He de reconocer, sin embargo, que este paralelismo no tiene explicación conocida: ni creo que agradecería a los militantes chicanos que redactaron *El plan espiritual de Aztlán*, plan que propugna la autodefensa económica y cultural y la liberación política de un sector que se considera, justificadamente, oprimido y se basa en el reconocimiento de la «raza de bronce».

Para explicar esta última paradoja, habría que acudir al amigo Lampedusa, para que nos contase aquello de que «*Plus ça change, plus c'est la même chose*».

E. G.

## NOTA

### Decir mentiras

Jorge Lozano

Magna quæstio est de mendatio.

SAN AGUSTÍN

No el que me hayas mentido, sino el que yo no re-  
crea a ti, eso es lo que me ha hecho estremecer.

F. NIETZSCHE

La parole a été donnée à l'homme pour déguiser sa  
pensée.

C.-M. TALLEYRAND

En Egipto, una divinidad representada como una joven con una pluma de avestruz en la cabeza, llamada Mát, esposa de Toth, a quien Platón (*Fedro*) atribuye la invención de la escritura, y madre del gran Amón, «era, más que una persona, un concepto: *Vénus*» (Odlifreddi), que intervenía también en la cámara de la doble verdad; doble porque unía la verdad y la justicia. Sobre un plato se colocaba el corazón del difunto, y sobre el otro la pluma de Mát: según fuese más o menos pesado que la pluma, el difunto era condenado al reino de las tinieblas o absuelto y trasladado al reino de la luz.